

representado allí el mismo Ladislao con los vanos símbolos de la dignidad real, que habia solicitado tanto tiempo sin ningun fruto.

73. En el año 1375 publicó Gregorio XI una constitucion con fecha de 29 de Mayo, á fin de obligar á los prelados á la residencia que no habia cesado de recomendarles desde que ocupaba la Cátedra de San Pedro. En ella se manda á todos los patriarcas, á los arzobispos, obispos, abades y demás superiores monásticos, que se restituyan á sus iglesias ó monasterios en el término de dos meses, y que fijen allí su residencia, esceptuando de esta ley á los cuatro patriarcas titulares de las iglesias de oriente, á los cardenales, á los legados, á los nuncios y á los demás empleados de la corte romana. Encontrando despues Gregorio á un obispo extranjero que permanecia todavía en Aviñon: „¿qué haceis aquí, le dijo? ¿Por qué no vais á la iglesia que debeis amar como á vuestra esposa? ¿Y vos, Padre Santo, respondió el obispo con tanta exactitud como libertad, por qué no os vais con vuestra esposa, infinitamente mas agraciada y mas ilustre que la mia (1)?” La libertad de esta réplica sirvió para confirmar á Gregorio en la resolucion sincera que habia tomado mucho tiempo antes, de dar fin á la especie de viudéz que padecia la iglesia romana. Ya estaba determinado el viage para el mes de Setiembre del año 1375; pero el deseo de conciliar á los Reyes de Francia é Inglaterra, con-

(1) *Vit. Pap.* tom. 1. pag. 479.

sideracion tan poderosa para sus predecesores, le obligó á diferirle hasta el año siguiente.

74. En este intervalo hizo una promocion de cardenales á 20 de Diciembre, en la que gozaron los franceses de la predileccion que era comun en los Papas de Aviñon, pues hubo siete de este reino, un solo italiano y un español (2). A últimos del mes de Agosto de 1376 recibió Gregorio una embajada en nombre de los romanos, la que decidió finalmente su viage. Habia perdido ya la esperanza de conseguir la reconciliacion que habia sido causa de que se detuviese allí; y por otra parte Lucas Savelli, que era el principal de la embajada, le declaró sin rodeos que los romanos querian absolutamente tener al Papa consigo; que Gregorio era el romano Pontífice; que todos los fieles le llamaban así, y que si no volvía á su Silla natural, estaba determinada la ciudad de Roma á elegir un Papa que no la abandonase. Además de esto, el cardenal de San Pedro, legado de Italia, le escribió que si no se apresuraba á volver, resultaria infaliblemente un grande escándalo. En efecto, se supo que los romanos habian puesto ya los ojos en el abad de Monte-Casino para hacerle Antipapa, y que él habia aceptado sus proposiciones.

75. Resolvióse el Papa á marcharse, y lo participó á los cardenales, quienes se afligieron en extremo con esta noticia; y no fue menos sensible al Rey Carlos V que conocia las ventajas que lograba

(1) *Vit. tom. 1. pag. 1194.*

con tener al Sumo Pontífice dentro de su reino. Dispuso, pues, que pasase inmediatamente á Aviñon su hermano Luis, duque de Anjou, con el encargo de hacer los mayores esfuerzos para impedir el viage del Papa. Procedió el duque como negociador no menos hábil que celoso, y le protegieron eficazmente los cardenales, por tratarse de unos mismos intereses, pero fueron inútiles todos los esfuerzos y artificios. Al despedirse del Papa, le dijo el Príncipe: „Padre Santo, vais á dejar un reino en que florece la Religion mas que en ninguna otra parte del mundo, y os trasladais á una region donde seguramente no se os estima. Pero reflexionad que si morís al otro lado de los montes, como es muy regular, los romanos se harán dueños del sacro colegio, y le obligarán á elegir un Papa que tal vez será funesto á la Iglesia.”

76. El Papa continuó en su proyecto, y salió de Aviñon el dia 13 de Setiembre, con la mayor parte de los cardenales, habiendo quedado solamente seis en Francia (1). Fue á Marsella á embarcarse en las galeras que habian enviado desde Italia, arribó á Corneto despues de haber padecido grandes tempestades, y el 17 de Enero llegó á Roma, en la que desde aquel tiempo nunca ha dejado de haber Papa. Hizo su entrada á caballo, y atravesó toda la ciudad, acompañado de trece cardenales, y seguido de un gentio inmenso que no sabia como manifestar su alegría. Llegó por la noche á la

(1) *Itiner. ap. Bzov. num. 31.*

iglesia de San Pedro, á cuya entrada le estaban esperando con una infinidad de hachas encendidas, estando iluminada toda la iglesia con mas de ocho mil luces.

77. No tardó Gregorio en tener motivo para ocuparse en aquella clase de negocios que son los mas dignos del primer Pastor (1). Instruido de que Wiclef, doctor en teología y cura párroco de Lutervolt en la diócesis de Lincoln, se atrevia á declararse contra el santo depósito de la fe, escribió á un mismo tiempo al arzobispo de Cantorberi, al obispo de Londres, á la universidad de Oxford y al Rey Eduardo. Reprendió á la universidad y á los prelados por su negligencia en reprimir al novador; deseaba que se le prendiese, y que en caso necesario se implorase el auxilio del brazo secular, con tal que despues de tomar informes reservados y prudentes se averiguase que Wiclef habia sostenido ciertas proposiciones delatadas en Roma, de las cuales se remitia copia á Inglaterra. La carta ó bula dirigida al Rey Eduardo, le pedia su protección á favor de los dos prelados encargados de este asunto por la santa Sede.

Entre las proposiciones censuradas de Wiclef en número de diez y nueve, la mayor parte muy obscuras, estas son las mas notables: „si hay Dios, pueden legítimamente y deben los señores temporales, pena de condenacion, quitar á una iglesia culpable los bienes de fortuna. Nadie puede ser

(1) *Vading. pag. 191. et seq. -- Tom. X. Conc. pag. 238.*

escomulgado, si no se escomulga antes á sí mismo. Los pastores, y aun el mismo Papa, no atan y desatan sino cuando se conforman con las leyes evangélicas. Es de fe que todo sacerdote tiene potestad para conferir todos los sacramentos, y por consiguiente para absolver de cualquier pecado á los fieles que están verdaderamente arrepentidos. Todo eclesiástico, y aun el mismo Papa, puede ser legítimamente reprendido y acusado por sus súbditos aunque sean meramente legos." A primera vista parecerá que este último artículo no es muy digno de censura; pero comparándole con otros, se advertirán en él los mismos principios de cisma, y el mismo trastorno del orden gerárquico.

78. Fueron inútiles las diligencias que se hicieron para obligar al autor á que se retractase, pues imitando el ejemplo de todos los novadores, pretendió justificarse con distinciones artificiosas, entró en una serie de esplicaciones mas ambiguas que las proposiciones mismas, y quiso alucinar declamando contra los abusos de los bienes eclesiásticos y contra la frecuencia escesiva de las excomuniones. Por desgracia murió en estas circunstancias el Rey Eduardo á 21 de Junio de 1377, y mientras estuvo enfermo, no se apartó de su lado una infeliz concubina que le distrajo enteramente de pensar en las cosas del cielo: y luego que le vió en los últimos instantes de su vida, le robó hasta las sortijas que traía en los dedos, abandonándole á su mala suerte, sin que hubiese recibido ningun sa-

cramento. Eduardo III que sabia tan perfectamente el arte de reinar, hubiera conocido á lo menos, á pesar de la disolucion de sus costumbres, la necesidad de conservar la paz de la Iglesia para evitar las turbulencias del estado. Tuvo por sucesor á su nieto Ricardo II que no tenia mas de once años, y reinó bajo la direccion de su tio Juan, duque de Lancaster, protector de Wiclef, como tambien Enrique de Perci, mariscal del reino. Este nuevo gobierno fue muy favorable á los progresos de las novedades heréticas, cuya persecucion quedó interrumpida con motivo de la temprana muerte del Papa.

79. Aun no habia llegado á los cuarenta y siete años; pero era de una complexion muy delicada, y le atormentaba frecuentemente el mal de piedra. A principios de Febrero del año 1378 experimentó unos dolores tan crueles, que le hicieron creer que no estaba lejos su última hora. Entonces se le presentó con terribles colores la situacion verdaderamente crítica de la iglesia romana. Por una parte veía á los franceses, que formaban casi ellos solos el sacro colegio, muy propensos á mantenerse en la posesion de la tiara; y por otra á los italianos, á cuya disposicion estaban todos, infinitamente celosos de su recobro. Dicen que previendo los horrores del cisma, sintió haber salido de Francia, y que tomando en sus manos el cuerpo de Jesucristo poco antes de espirar, suplicó á los que se hallaban presentes que jamás se dejasen llevar de revoluciones imaginarias, á las cuales ha-

bia dado el demasiado crédito ⁽¹⁾. Estas son las fatales consecuencias del primer trastorno en el orden establecido; la reparacion del mal es casi tan peligrosa como el mal mismo; si se evita un precipicio, es para caer en otro; parece que no se puede atinar con el verdadero camino; se confunden las ideas, y los hombres de mas talento experimentan una perplejidad que oscurece las máximas mas evidentes. Los consejos dados á Gregorio XI por Santa Brígida, por el piadoso Infante de Aragon, y por Santa Catalina de Sena, que pensó del mismo modo que ellos, ya procediesen ó dejasen de proceder de una inspiracion del cielo, no podian engañar. ¿Era posible errar aconsejando al romano Pontífice que residiese en Roma? El cisma no podia provenir del restablecimiento de la Cátedra de Pedro en el lugar en que fue fundada, y en efecto resultó únicamente de la contrariedad de intereses y de pasiones entre los cardenales franceses é italianos, junto con la dureza del carácter y de la conducta del Papa Urbano VI, que fue el sucesor de Gregorio.

Poco antes de morir, tomó éste algunas providencias para conservar la tranquilidad de la Iglesia. Persuadido de que la mas segura, según la disposicion de las cosas y de los ánimos, era acelerar la eleccion de su sucesor para quitar á los facciosos la oportunidad de reunirse, mandó por una bula formal que, inmediatamente despues de su muerte,

(1) *Gers. Exam. doctrin. part. 2. consid. 3.*

los cardenales que se hallasen en Roma procediesen por aquella vez á la eleccion del nuevo Papa, en el lugar que juzgasen mas á propósito, en la ciudad ó fuera de ella y á pluralidad de votos, sin esperar la uniformidad de las dos terceras partes. La bula es del dia 19 de Marzo, y el Papa murió á 27 del mismo mes en el año 1378.

Todos los historiadores elogian la doctrina, la piedad y el carácter afable de Gregorio XI. Fue muy liberal para con los pobres y con los literatos, á quienes protegió de un modo muy particular. Solo se censura en él la demasiada inclinacion que mostró hácia sus parientes, pues tuvo siempre en su compañía á su padre, á sus hermanos y sus sobrinos, sin embargo de que su tio Clemente VI habia enriquecido tanto á la mayor parte de ellos, que no debia haber pensado en aumentarles los bienes de fortuna; pero cedió con sobrada facilidad á sus consejos, y tal vez á sus empeños en favor de algunas personas que á la verdad eran menos beneméritas que las que quedaban desatendidas.

Gregorio XI fue el séptimo y último Pontífice que la iglesia galicana dió consecutivamente por espacio de mas de setenta años á la Iglesia universal. Aunque distinguidos sin escepcion por su talento y doctrina, el mayor número de ellos por la santidad de su vida, y algunos por el don de milagros, no son sin embargo de esto muy recomendables sus nombres en la iglesia romana, la cual los ha hecho responsables de las turbulencias y de la desolacion

que experimentó por mas de un siglo. Bastó la extraña traslacion de la Silla apostólica para imprimir á su memoria, y quizá á su nacion, una mancha que no ha podido borrarse á pesar de los grandes talentos y virtudes de que estaban adornados, y de los muchos siglos que han mediado desde aquella época.

80. Luego que se trató de reemplazar al Papa Gregorio, tomaron los romanos la resolucion invariable de escluir del pontificado á los franceses. Estaban todavía los cardenales en la iglesia de Santa María la Nueva, cuyo título habia tenido Gregorio siendo cardenal, y donde acababan de enterrarle, cuando los capitanes de cuartel fueron á declararles que miraban la eleccion de los Papas franceses como el manantial de todas las calamidades de Italia, y les manifestaron el mayor deseo de tener á lo menos por aquella vez un Papa italiano. El sacro colegio se componia entonces de veintitres cardenales, y de estos habia diez y seis en Roma, á saber, cuatro italianos, un español y once franceses, sin contar los seis que se habian quedado en Aviñon, ni el cardenal de Amiens que estaba de legado en Toscana. Así, pues, podian los franceses dominar en el cónclave del mismo modo que si estuviese reunido todo el sacro colegio; pero formaban ellos mismos dos partidos, de los cuales habia uno de lemosinos en número de siete, á quienes los otros escluían abiertamente, diciendo con un tono poco moderado, que les era vergonzoso con-

sentir por mas tiempo que la dignidad pontificia fuese como hereditaria en un rincon de Francia. Fue tal la antipatía ó los zelos, que no siendo mas de cuatro los del partido contrario, y no pudiendo ellos solos resistir á los lemosinos, quisieron mas bien unirse á los italianos y hacer causa comun con ellos, que tener un Papa de aquella provincia. Sin embargo, los cardenales de todas las naciones respondieron con mucha prudencia y dignidad á la diputacion romana, que el asunto que se les proponia debia tratarse precisamente en cónclave; que eligirian sin aceptacion de pais ni de persona al que juzgasen mas capáz de gobernar bien la Iglesia, y que ni la fuerza ni las amenazas los obligarian á hacer traicion á su conciencia, ni á empeñarse en una eleccion que seria nula por falta de libertad.

81. Entraron los diez y seis en cónclave á 7 de Abril, y el dia siguiente, despues de algunas deliberaciones sobre elegir á un romano, ó á lo menos á un italiano, segun lo pedia el pueblo desde afuera con gritos y amenazas, eligieron, ya fuese seriamente ó con ficcion, á Bartolome de Prignano, natural de Nápoles y arzobispo de Bari, á pesar de que no era cardenal. Le enviaron á buscar á Roma, adonde habia ido algunos dias antes; prestó su consentimiento despues de haberle retardado algun tiempo, fue entronizado, y tomó el nombre de Urbano VI. El dia de Pascua, 18 del mismo mes de Abril, fue coronado públicamente con todas las ceremonias acostumbradas.

Esto es lo que únicamente nos ha parecido debíamos presentar en la historia de la elección de Urbano VI. Si no referimos todos los hechos relativos á este punto con una estension capaz de dejar satisfecha la curiosidad, tendremos á lo menos el mérito de la imparcialidad y de la prudente reserva de que dieron egemplo los concilios ecuménicos. Es verdad que con lo que hemos dicho no se podrá decidir si la elección de Urbano fue libre ó forzada; pero esta gran cuestión, de la que dependió la conducta que debió observarse durante el largo cisma de occidente, ¿se resolverá mejor adoptando la relación de los franceses, ó la de los italianos, contrarias una á otra, y ambas igualmente fundadas en deposiciones de testigos oculares y de toda escepcion? Y por mas documentos que pudiéramos presentar, ¿quién se atrevería á decidir en una materia en que los padres de Pisa y de Constanza quisieron mas bien cortar la dificultad que resolverla? Si alguna vez debe la sabiduría sujetarse á las leyes de la sobriedad, nunca mejor que cuando nos enseñan con su egemplo los órganos de la Sabiduría increada.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO CUADRAGÉSIMO-SESTO.

N.º 1. *Carácter de Urbano VI.* 2. *Su dureza é imprudencia.* 3. *Retiro de los cardenales.* 4. *Su conducta contra Urbano VI.* 5. *Declaracion de los cardenales.* 6. *Se arma un lazo á los cardenales italianos.* 7. *Elección de Clemente VII.* 8. *Obediencias respectivas de los dos Papas.* 9. *Santos en uno y otro partido.* 10. *Celo de Santa Catalina de Sena por el partido de Urbano VI.* 11. *San Vicente Ferrer.* 12. *El Beato Pedro de Luxemburgo.* 13. *Promociones multiplicadas de cardenales.* 14. *Violencias egercidas mutuamente en las dos obediencias.* 15. *Cómo podian salvarse los fieles en los dos partidos.* 16. *Clemente VII en Nápoles y despues en Aviñon.* 17. *Cárlos de la Paz llamado á Italia.* 18. *El duque de Anjou, adoptado por la Reina Juana de Nápoles.* 19. *Muerte del Rey Cárlos V.* 20. *Urbano VI declara á Cárlos de la Paz Rey de Nápoles.* 21. *Muerte trágica de la Reina Juana.* 22. *Desgracias y muerte de Cárlos de Anjou.* 23. *Ingleses cruzados contra Francia.* 24. *Progresos de Wiclef.* 25. *Juan Vallé, wiclefista fanático.* 26. *Concilio de Londres contra el wiclefismo.* 27. *Indispónese Urbano VI con Cárlos de la*